

DANIEL·COSIO·VILLEGAS



EDITORIAL CULTURA

1922



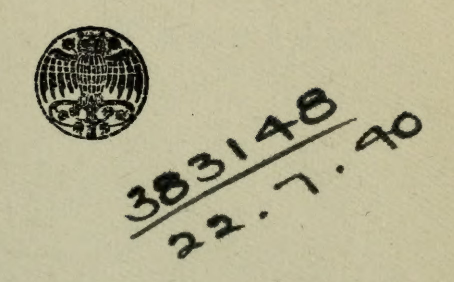


Miniaturas

Mexicanas

DANIEL COSIO VILLEGAS

Miniaturas Mexicanas



Editorial "CVLTVRA"
MEXICO, 1922.

En prensa

Etica Española.

Viajes

Estampas

Teorías.

A Granate y negro

A Morado y oro,

miniaturas mexicanas.

EL AUTOR reconoce que las cosas que forman este libro son pequeñas. Por eso las ha llamado *miniaturas*. Reconoce igualmente que no tienen unidad. Por eso las apellida mexicanas.

Han sido escritas en diversas ocasiones para publicarse en revistas y periódicos extranjeros. En un momento formaban, por razón de volúmen, un libro, y se han dado a la imprenta.

Se refieren o las han inspirado personas, costumbres o paisajes mexicanos.

Viajes

A Azorín,

el hombre de los viajes.

I

EL FRAC, EL JAQUET.

EL TREN está repleto. Va a salir.

Jadeando llega un señor. Viste jaquet.

¿Por qué viste jaquet este señor tan estirado?

El frac... El jaquet...

El hombre, cuando va a una ceremonia, es decir, cuando quiere aparecer como más hombre, se disfraza de animal: se pone colas.

II

LA NIÑA BOBA.

FRENTE a mí hay una niña boba. Tiene ojos dorados y una quijada tremenda. A su lado hay un niño, de ojos dorados también, que pregunta con indiferencia:

—¿A qué hora llegamos a Toluca?

—A las diez de la mañana,—responde la niña boba.

—¿Estamos ya de mañana?

Eran las nueve y media.

III

EL MOVIMIENTO.

EL TREN llega a un tramo en que está mala la vía. Se mueve de una manera imposible. Las cabezas de los viajeros van y vienen, de un lado a otro, como péndulos de reloj.

Los miro y confirmo:

El mundo es una perpetua negación.

IV

RELIGIOSIDAD.

SE DICE que Morelia es una de las ciudades más católicas, más *mochas*. No me consta, y menos si lo es tanto como Puebla o como Querétaro; pero observo que, a medida que nos acercamos a ella, van quedando en el tren pasajeros que visten con mal gusto, de negro, y que tienen la cara picada de viruelas.

Los católicos y los protestantes, los extremistas, se parecen en que visten con mal gusto y de negro.

V

MI PRIMERA AMISTAD.

¿LLEVA usted alguna hora, señor? Sospecho que la persona que me interroga, un agradable caballero español, desea saber la hora que marca mi reloj.

Hablamos de Cuba, del azúcar, de los norteamericanos. Me pregunta sobre Morelia.

—Es una ciudad importante. Es de las más antiguas.

—¡No! ¡No! *Pero* ¿es importante?

Para mi primera amistad lo antiguo y lo importante se excluyen. El español agradable tiene un criterio revolucionario.

VI

EL HOMBRE DEL CIRCO.

HEMOS llegado a una estación en que es necesario transbordar. El tren se dilata. Mientras tanto, observo:

La luna, grande, llena, aparece detrás de un monte. Una llamarada del pasto, que se quema, la mancha de rojo. Las chicas del pueblo ¡pobrecitas! se pasean tristes en el andén de la estación. Aún no llega el viajero ideal que esperan.

De pronto se me acerca un hombre y me dice que no debo continuar mi viaje. Hay peligro, pueden asaltar el tren.

—Yo lo sé,—me dice—porque tengo un circo por allá. Tanto que estoy con cuidado; tengo miedo, mucho miedo.

—¡Imagínese! ¿y las fieras? ¿qué no harán de los hombres?

Y me vuelve a contar lo mismo. Hay peligro. Pueden asaltar el tren. El lo sabe porque tiene un circo por allá. Tanto que tiene cuidado, miedo, mucho miedo. Por la quinta vez agrega:

—¡Imagínese! ¿y las fieras?

—¡Imagínese! le contesto cansado ya—¿y los hombres? ¿y los hombres?

No ha entendido. El hombre del circo sabía más de fieras que de hombres.

VII

TIGRES Y CAMALEONES.

EN EL tren de Morelia a Uruápam hay pocos pasajeros. Escojo el último asiento, y observo: no me interesan.

Juan Ramón Jiménez me cuenta sus aventuras. Le ha sacado a Platero una espina; le ha quitado una sanguijuela y, después, una muela.

Los pasajeros hablan de toros. Me aburro.

—Mira, hijo, por ahí salen los tigres.

—Sí, ya sé, y también los camaleones.

Miro por la ventanilla. Tierra roja, sin cultivar, y a lo lejos unos parches verdes de trigo.

VIII

LA ZONA PELIGROSA.

HACE tres días asaltaron el tren. Los rebeldes se limitaron a hacer oír a los pasajeros un pequeño discurso en que se justificaba el descontento. El discurso terminaba así: no somos ladrones; queremos la paz y la tranquilidad de los hogares angustiados.

Cada pasajero relata el acontecimiento, lo comenta, y todos terminan como en el dis-

curso: no somos ladrones; queremos la paz.

Hemos llegado a la zona peligrosa. Las conversaciones languidecen. No hay risas ni se habla de toros. Cada uno ha bajado el cristal de las ventanillas y está dispuesto a refugiarse, quién sabe cómo.

La locomotora va despacio, resoplando. Su gran fanal parece un ojo absurdo. Los soldados preparan sus fusiles. Yo tomo mi maleta y la pongo detrás del cristal de la ventanilla. Pienso en todo lo que perforará la bala: mis pañuelos, mis camisas, mis libros y, por último, mi elegante papel timbrado.

Pasamos la zona peligrosa. La charla se renueva. Se vuelve a hablar de toros y un viajero repite: no somos ladrones; queremos la paz de los hogares angustiados.

IX

MARCO DE ORO.

MARCO de oro, de oro viejo y prestigioso, son los cabellos de esta mujercita, niña apenas de dieciséis años. Su sombrero verde y su falda y sus medias grises, la hacen adorable.

El viaje tiene ya fin. La vida, no ya el viaje, tiene sentido.

Todos los viajeros piensan lo mismo y

la miran sin cesar; pero como es ella: graciosa, adorable, niña apenas de dieciséis años.

El amor es como la cara de la mujer.

X

LA PAZ.

ESTRELLA prendida en un árbol parece esa luz, única señal de vida humana en medio de la negrura de la arboleda.

Ahí vivirán el padre, la madre, los hijos de una familia. Tal vez ellos sean los dueños de la arboleda, a la mañana verde, negra en la noche. O quién sabe si ¡pobres! no sean más que guardianes. De todas maneras han de vivir en paz.

Con el día se levantarán, y la milpa, las gallinas, los cerdos, han de ser su única preocupación. Fuertes, sin enfermedades, gozando siempre de la tarde calurosa, de la noche fresca y estrellada, han de vivir en paz.

Tal vez algún día, cuando el padre o la madre mueran, esa paz se acabará, y el dolor, el llanto, en medio de la soledad, no los dejará vivir en paz.

Ese día la estrella prendida en el árbol no brillará. Los viajeros, al pasar el tren, nada advertirán. Sin embargo, con la estrella se acabó la paz.

XI

MIRADAS.

YO MISMO me he entristecido. Ninguno de los viajeros era mi amigo; ni siquiera personas gratas: comerciantes, militares.

La estación es el único paseo novedoso; el único en que hay sentimentalismo; el único, en fin, en que el alma suspira. Los demás parecen demasiado conocidos.

Todos los días, por la arena roja del jar-

dinillo, las muchachas del pueblo pasean. Sus vestidos transparentes, rosados, violetas, pasan y vuelven a pasar ante mis ojos, como mariposas inquietas. Charlan, ríen, coquetean, mientras los viajeros llegan, mientras la locomotora bebe agua. Pero cuando silba la locomotora, y el tren, poco a poco, se pone en marcha, todas se detienen y miran, uno a uno, a los viajeros.

Yo no sé si alguno les gusta. El caso es que miran y miran el tren. Las miradas se alargan hasta que el tren da vuelta en un recodo del camino.

La máquina, entonces, silba. Las muchachas, entonces, suspiran.

XII

LA VACA TONTA.

ESTA vaca que ahora miro desde el tren, es muy fea. Toda blanca y sólo dos manchas negras, una en cada ojo. Parecen gafas ahumadas, gafas de académico lleno de medallas, de títulos, de diplomas.

La vaca toda blanca con sólo dos manchas negras, una en cada ojo, es muy fea y, además, parece ser muy tonta, mucho más que

sus compañeras, que miran, estáticas, azoradas, el lento caminar del tren.

Sólo la vaca fea y tonta se ha echado a correr, llena de temor y de incivilización.

Es fea la vaca blanca. También es tonta. Generalmente así sucede.

E s t a m p a s .

A Juan Ramón Jiménez,

el hombre de las estampas

I

LAS COSAS ESTAN MUY MAL.

HAY en Morelia, ahora, ambiente militar. Los bigotes puntiagudos de los coroneles han recobrado su antiguo esplendor.

—¡Las cosas están muy mal!—se oye decir a cada momento.

Las mujeres rezan, los hombres cuchichean entre sí con aire grave, y todos dicen:

—¡Las cosas están muy mal!

Pasa un grupo de soldados, tranquilos, in-

conscientes. Detrás de ellos van las mujeres, las *soldaderas,* tropezando siempre. El capitán se yergue al ver a una muchacha en el balcón.

*

Un silbido de la locomotora anuncia la partida del tren militar. El silbido es largo, doloroso. Las gentes de la ciudad, al oírlo, contienen la respiración y dicen, ahora sí convencidas:

—¡Las cosas están muy mal!

II

¡LIBRANOS, SEÑOR!...

EL PATIO del Primitivo y Nacional Colegio de San Nicolás. En el centro del patio, el cura Hidalgo, en *élan* patriótico, está a punto de caerse del pedestal. En el fondo hay una araucaria.

Vieja, señorial, pesimista. Cada año el tronco echa una rama, la rama echa otra rama pequeña, la pequeña un racimo y el ra-

cimo una flor. Los años se cuentan por partida cuádruple.

En la cornisa de la azotea, los gorriones, alegres y descarados, tocan música rusa. Cantando vuelan a la baranda del corredor; después a la auracaria.

La última parte del concierto, un largo *maestoso*, se cumple en la oscuridad ya. De la auracaria, semejante a un órgano de tonos graves, sale un coro de ruegos, en voz baja, mansos, cristianos.

Suenan las campanas. La araucaria, como órgano majestuoso, dice lentamente:

—¡Líbranos, Señor!...

Me descubro y digo con la auracaria:

—¡Líbranos, Señor, de todo mal...

III

GRANATE Y NEGRO.

Es DOMINGO. Suenan las doce en la catedral. Las chicas salen de la iglesia y van a la plaza. Yo no las conozco; pero a todas les pongo nombre:

El gato negro: bajita, paliducha y ojerosa. Parece pensar siempre en la noche de bodas. La saluda su novio, y ella se estremece toda.

La fuga de la quimera: alta y narigona;

viste de negro; es la copia de una copia de uno que fué su retrato.

Espumitas: su alma y su cuerpo son como la espuma que sale del hocico de los caballos briosos.

El orgullo del lugar: es fea; pero es rica y se educó en los Estados Unidos.

El Santo Sepulcro: de ópalos y brillantes; muy coqueta; va y viene, infatigable; sobre ella caen todas las *flores*.

Va a dar la una de la tarde, y el paseo va a terminar. Decido enamorarme, y escojo: alta; muy elegante; viste de granate y negro.

IV

SOPA DE LETRAS.

SOPA de letras,—hemos leído en la lista de platos.

Mi amigo principia a hablar, como siempre, con algo de locura:

—Es médico; pero...¡qué diablos! un mal médico: ama lo bello. Un viaje por Michoacán, la simple contemplación de los remiendos verdes del trigo y del morado de los

montes, lo ha decidido: se dedicará a la agricultura, comprará un ranchito y trabajará al rayo del sol y bajo el azul del cielo.

Por supuesto que antes de ir al rancho se casará. Su novia es muy agradable: joven y delgada, tiene como ojos dos manchitas negras que se mueven desesperadamente. El sembrará y montará a caballo; su mujer se dedicará a la cría de gallinas y palomas. Todos sanos, contentos, sin preocupaciones. En la noche leerán libros, muchos libros.

—Nos comeremos los libros, — dice mi amigo.

Yo pienso que es fácil: él ha acabado con la sopa de letras en tanto que yo voy apenas en la *f* o en la *g*.

V

PAISAJE AZUL.

DOS manchas azules: el lago, el cielo. se miran y se aman. Las dos parecen querer alargarse al infinito, en un deseo de comunión.

Una caravana de nubes, grandes unas, pequeñas otras, azules todas, pasa por el cielo. El lago las acaricia moviendo lentamente sus aguas, cada vez más azules.

En el fondo hay unas palmeras, mujeres disfrazadas de abanicos. Debiera haber también una terraza; valses lentos; hombres, mujeres; coloquios de amor y perfume de flores. No hay sino dos manchas azules: el lago y el cielo, que se miran y se aman.

Y sólo en las noches, tranquilas, azuladas, la luna, linda barquilla de plata, pasea sobre las ondas del lago, siempre azul.

VI

LO QUE VA A PASAR.

LENTO, agudo, interminable, suena el toque de queda. Hasta entonces nadie pensaba en dormir; ni el grillo en cantar; ni yo en leer; ni el *huele de noche* en perfumar; ni los árboles en moverse; ni los relojes en sonar. Con el toque de queda unos mueren y otros nacen.

Claros, distintos, oigo los pasos de un

trasnochador. El empedrado, las aceras, parecen tener resonadores.

Ya sé lo que va a pasar. Siento alegría: el centinela, curioso, despótico, va a preguntar quién vive. El trasnochador, humilde, contestará que gente de paz.

Sigo mi lectura. El grillo vuelve a cantar; los árboles a moverse; el reloj a sonar.

Claros, distintos, oigo los pasos de otros trasnochadores.

Me aburro. Sé ya lo que va a pasar: el centinela, curioso, despótico, va a preguntar quién vive. El trasnochador, humilde, contestará que gente de paz.

VII

LAS JICARAS.

HE IDO al mercado a ver jícaras. He visto muchas, ahora, día domingo. Una a una las he ido contemplando y todas me gustan.

Las hay de fondo negro, de fondo azul, de fondo verde, y sólo algunas, las del barrio de la Magdalena, de fondo morado.

Esta, pequeña, de fondo azul, la compro.

Tiene tres hojas moradas, casi negras, y dos hileras de floripondios, amarillos en la base, blancos en la punta. ¡Lástima que un viajero comprara la del fondo verde! Tenía una gran flor de corazón amarillo y bordes rojos, en el centro, otra a la izquierda, que cae, con gracia, hacia abajo, y otra a la derecha.

Pero ninguna como esta *batea.* Grande, cóncava, de fondo negro, que aumenta la concavidad de la *batea.* Parece una cueva misteriosa y profunda, en la que habitaran ladrones, guardianes de tesoros principescos. A la entrada de la cueva hay un ramito de tres rosas, delicadas, transparentes: la del centro amarilla; la de la izquierda encarnada y roja la de la derecha.

Las rosas son tan lindas que evitarían toda sospecha.

VIII

LA UNICA VERDAD.

EL ARBOL, fresco, grande, muy verde, muy alto. De entre sus ramas, del grueso de su copa, sale una enredadera de flores moradas que caen hasta el suelo casi.

Yo no sé si pensar que el árbol es un cohete que se desgrana en chispas moradas; o si las flores son estrellas y el árbol una nube; o si el árbol es una piedra y las flores una cascada. Todo mágico, todo absurdo.

La *camelina* es morada; el árbol verde. De entre las ramas verdes del árbol salen las flores moradas de la *camelina*. Esta es la única verdad.

IX

LOS ENCANTAMIENTOS.

He ido a *Las Cumbres,* nevería que está en el jardín de los Mártires. Todo ella está pintada de aceite azul y en el techo cuelgan, en ondas iguales, festones de pino, teñidos a trechos de verde, de blanco y de colorado, la bandera nacional.

Una pequeña mesa en cada esquina y dos en medio. Las mesitas están cubiertas con mantelillos muy blancos. Cada una tiene

un florero, puesto en el centro de la mesa, y en derredor hay botellones de agua gaseosa, unos verdes, azules otros, rojos, amarillos. Todo simétrico, todo gracioso.

Manuela, la chica que vende la nieve, es simpática. Sus ojos, pequeños, negros, recorren con avidez las páginas de libros gruesos y medio descuadernados, cada vez que no hay clientes que atender. Después, al primero que llega, le da a conocer su juicio crítico sobre la última obra leída.

A mí me tocó escuchar el de las *Mil y Una Noches.*

—Me gusta muchísimo—me dijo apasionadamente—sólo que...yo no creo en los encantamientos—terminó con decepción.

Desde entonces he ido a *Las Cumbres,* la nevería que está en el jardín de los Mártires, todos los días. Cada vez siento más placer en ocupar mi sitial de académico afecto a la nieve.

X

EL PUENTE.

ES UN puente de madera, pequeño, viejo. Sirve para pasar sobre un río de agua fresca y de cantar ruidoso. El puente parece tener historia.

El puente sabe de tristezas. Sobre los bancos que hay a lo largo, muchos hombres, muchas mujeres, se han sentado a pensar, mirando al río, cosas amargas, tristes.

En su techo, que alumbra el sol y pudre la lluvia, han resonado algunas veces las risas o el canto de los enamorados. Por eso el puente sabe de amores.

Alguien, quizá un romántico, hizo llevar al puente enredaderas. Cubrieron entonces las columnas, el barandal, el techo del puente, ramas verdes, flores rojas y hojas amarillas. Hasta del carnaval llegó a saber el puente.

Pero las flores se marchitaron. El puente de madera, pequeño, viejo, parece tener historia.

XI

LA INDIA BONITA.

AL LADO del camino, manchado a trechos de sol, hay una casita, de adobe gris. Una ventana, marco en que aparece la india bonita. A su derecha hay un tiesto de geranios; a su izquierda una bandera tricolor, de papel de china.

—¡Buen día!...—dicen uno a uno los indios, que van al pueblo a vender su leña, sus jícaras, sus rebozos.

La india bonita contesta en la misma forma:

—¡Buen día!...

El saludo se arrastra y es tan dulce, tan amable, que parece una bendición.

Ya de noche, el camino está solo, negro. Se oye nada más el sordo cantar de las ramas de los árboles. La madre enciende el fuego. Un fondo rojo ilumina la silueta de la india bonita, asomada, como siempre, a su ventana.

XII

CRISTIANAMENTE.

PARECE un pueblo en fiesta, la casa del tejedor. Hay arcos triunfales, hechos con hilos de lana, teñidos de morado, de amarillo, de verde, de azul. Los hilos cuelgan de otros que van de pared a pared.

El tejedor, alto, vestido de blanco, trabaja en silencio, con el rostro vuelto hacia abajo y los ojos entornados mirando el fondo del

sarape. Sus dedos, largos, puntiagudos, reparten cristianamente los hilos a un lado, a otro lado y, poco a poco, del fondo rojo del sarape, de entre los dedos largos, puntiagudos, sale una flor morada, una greca azul, una rueda verde.

XIII

LA PRUEBA DEFINITIVA.

MI AMIGA está triste. Lleva clavada en su alma una duda que no la deja vivir. Antes, sus grandes ojos de manola reflejaban no alegría pero sí tranquilidad.

Día a día, toca, quizás un poco monótonamente, el piano. Y sólo en las tardes, cuando las palomas de su casa dejan de gritar sus amores, siente ganas de arrancarle algún

secreto al piano o de hacerlo sufrir con crueldad. Fuera de esos momentos, vive tranquila.

Algún día (a cada capillita le llega su fiestecita), la historia principió para ella: tuvo novio. Pero no estaba contenta. ¡Conocía a tantas mujeres engañadas! Ella no sabía gran cosa de los hombres. Sin embargo, a cada momento se decía tristemente: ¡Todos son iguales! ¡Todos son iguales! ¡Todos son malos!

Por eso quería amor, amor inmenso; pero no sólo amor sino también sujeción, esclavitud.

Un día vino a mí contentísima: Tenía la prueba definitiva del amor de su novio: la había acompañado al cinematógrafo y en domingo y de tarde.

Desde entonces, sus grandes ojos de manola reflejan alegría, no ya tranquilidad.

XIV

LA PERLA.

LA PERLA es una tiendecita donde las botellas de aguardiente son las únicas alhajas. Por lo menos, es lo único que refleja vivamente la luz.

La fachada de la Perla es carmín. Arriba del letrero hay un balconcito pintado de morado. Una señora, afable, despacha el jabón, los cigarrillos, las velas. Todo lo hace en se-

guida y silenciosamente. Sólo cuando sirve el alcohol se pone seria y su cara llega a reflejar aún remordimientos.

Ella me lo ha dicho:

—¡Créame, señor...yo no quisiera...

Pero el balconcito morado necesita prosperar. Le seguirán otros hasta no completar la casa de la señora afable. Entonces, descansará para siempre y cerrará su tiendecita.

La casa se hará con la venta del alcohol. Cuando la señora lo piensa, se pone seria y su cara llega a reflejar aún remordimientos.

Ella me lo ha dicho:

—Créame, señor... yo no quisiera...

—Créame, señor... yo no quisiera...

XV

LOCURA DE DIOS.

DESPUES de la lluvia, cortina de cristal, el cielo se ha abierto. Las nubes, llenas de negrura y de maldad, han huído, atropellándose, hasta esconderse tras el monte.

El cielo se ha abierto, y la luna, pequeña, redonda, ilumina todas las cosas. En la fuente y en las piedras hay pedacitos de cielo, azul y plata. En las hojas, en las flores,

las gotas de agua son diamante. Las estrellas son de oro.

Todo es de diamante, de oro, de azul, de plata, de cristal.

La noche parece locura de Dios.

XVI

EL RIO.

YO NUNCA veo un río. Lo escucho. Pero éste que tengo ahora ante mí, es maravilloso. Por eso lo veo y lo escucho.

Por un trecho, pasa el río, ancho, cristalino, contagiando de frescura los tallos amarillentos de una margarita, y suena melancólico, como si cantara despacio, cansado, la historia de tristes recuerdos. Refleja ínte-

gros, serenamente, el árbol verde, el cielo azul, las margaritas blancas. En el fondo, arenitas muy lavadas, y, de cuando en cuando, un pedacito rojo de ladrillo.

Se angosta el río. Pasa entre dos piedras angulosas y cae, en chorro triangular. Monótono es el canto del río. Parece empeñarse en demostrar que nada hay nuevo bajo el sol. Suena, aburrido, como pianola.

En otra parte, el río galopa, formando bolas de espuma que se deshacen y se vuelven a hacer. Es un trozo sinfónico el que canta el río. Una escena wagneriana: el combate, al galope, de dioses contra dioses.

XVII

EL MISTERIO DEL COLOR.

EL AGUA viene de lejos, blanca, lechosa. Salta de vez en cuando sobre una piedra, y sigue su carrera loca, llena de alegría. De repente, al caer de una piedra grande, se vuelve azul, a veces verde. El color viene del fondo. Al llegar a la superficie, el verde, el azul, parecen manchas de tinta sobre el blanco del agua.

Los árboles mueven sus ramas. Ríen iró-

nicamente: nadie ha descubierto el misterio del color. Yo no me inquieto, y sigo mirando el agua, alegre, loca, que pasa sin cesar. A veces, sin embargo, siento ganas de hundir la mano, de alborotar el agua, de detenerla, para ver si toda ella se tiñe de verde, de azul.

El sol cae sobre los árboles, sobre el agua, sobre la arena roja. El agua no es ya ni verde ni azul; es roja, amarilla, morada. El misterio del color aumenta. El agua parece, tendida, una falda de bailarina de zarzuela. Lindas pepitas de oro, del sol que pasa por entre las hojas, por entre las ramas, son las lentejuelas.

El agua viene de lejos. Blanca, lechosa, salta de vez en cuando sobre una piedra y sigue su carrera loca, llena de alegría. De repente, al caer de una piedra grande, se vuelve verde, a veces azul. Luego roja, amarilla, morada.

XVIII

MORADO Y ORO.

JARDIN rodeado de laureles, siempre verdes, siempre frescos. *Inmarcesibles,* hasta hoy no comprendo.

Las mujeres dan vuelta hacia la derecha. Los hombres hacia la izquierda. Ellos miran. Ellas sienten las miradas.

Y así, una, y otra y otra vez, mientras la música toca un vals lento, romántico, senti-

mental. Cada calderón parece un suspiro, tal vez una promesa.

La vida se siente como nunca en este pobre, aburrido paseo de provincia. Cada uno quisiera andar más de prisa, dar la vuelta al jardín más rápidamente, para ver aquellos ojos, esta sonrisa. Esa inquietud interior ¡cómo se siente aquí! Cada hombre espera una seña; cada mujer un homenaje. Todos se miran, todos se interrogan y cada uno, inquieto, nervioso, anda más de prisa.

Sólo una mujer, alta, rubia, vestida de morado, va despacio. Cuenta sus pasos, mide sus gestos y pasea, olímpicamente, sus grandes ojos, de un lado a otro, sin fijarse en nada, sin mirar a nadie.

Ella es la más guapa de todas. También la más rica. Su novio es de México. ¿Qué le apura?

¡Morado y oro, único contraste en el paseo del jardín de laureles siempre verdes, siempre frescos!

XIX

EL SOLDADO DESCONOCIDO.

A S. de la S., soldado bien conocido y autor de otro y más valioso soldado desconocido.

EL MOZO del hotel es muy amable. Todas las mañanas, a buena hora, trae agua para afeitarme. Más tarde, el chocolate, los panecillos, el vaso de agua fresca.

Sin embargo, no debería ser amable el

mozo del hotel. Su cara, su aspecto todo, es de soldado.

Pero no es soldado el mozo del hotel. Ya lo sé. Lo he preguntado. A pesar de todo, su cara, su aspecto todo, es de soldado.

Un día el misterio se explica: el mozo del hotel no es soldado; trae, eso sí, una chaqueta de soldado, de soldado desconocido.

XX

LA HACIENDA.

HEMOS llegado a la casa de la hacienda, azul con tejado rojo. El patio, ancho, cuadrado, tiene en el centro un fresno inmenso, de copa verde y fresca.

En un rincón dos muchachos indios ganan su vida desgranando, alegres, mazorcas de maíz, blancas como deben ser las almas de esos dos muchachos, absueltos de antemano de todo pecado.

El administrador nos explica todo: las siembras, el abono, la irrigación y, claro, a veces se remonta hasta el indispensable reparto de tierras, sus ventajas y sus inconvenientes. Una conferencia, como quien dice.

Yo prefiero sentarme en el ángulo del ancho corredor, y ver el fresno inmenso de copa verde y fresca.

En la tarde, cuando en un fonógrafo suena no sé qué, tal vez un violín, o un violoncelo, me divierto viendo cómo se va la luz. La postrera entra por el zaguán de gruesos tablones toscamente labrados.

Y el fresno inmenso, de copa verde y fresca, acaba por ensombrecer el patio. Sólo se ve el montón de maíz, blanco, desgranado ya. Parece una absurda colina de perlas de cristal.

Teorías

a Pedro Henríquez Ureña.

el hombre de las teorías.

I

LA TEORIA DE LA ETERNIDAD.

UN DIA fuí a Celaya. Pasé en la linda ciudad de las urracas tres meses. Nada había de singular. Aún no aprendía a admirar los trajes, las canciones populares, ni el *Carmen* de Tres Guerras. Nada, en fin.

Algo, sin embargo, había de particular: Lolita Linda (extraña coincidencia). Entonces, las mujeres era lo único que me gustaba.

Cada vez que pasaba hacia la alameda, la veía, asomada a su ventana. Bordaba, pero no románticamente, sino con un aburrimiento sin límites. Sus manos llevaban y traían el gancho con una dificultad tan grande que podría creerse que arrastraba peso enorme.

Tenía una prima de visita. Apenas cuatro meses llevaba en casa y ya, a lo largo de la calle, se paseaba un señorito: el más rico del lugar.

Cada vez que pasaba, la veía, asomada a su ventana.

Se habla de viajes, de las ciudades que cada uno conoce: Veracruz, Córdoba, Orizaba, uno. San Luis, Saltillo, Monterrey, otro. El tercero: Toluca, Acámbaro y Celaya.

—¡Ah! Celaya,—dije.

Cada vez que pasaba, la veía, asomada a su ventana.

*

Uno, otro y el tercero, también tenían su historia: uno en Córdoba, otro en Monterrey y el tercero en Acámbaro.

Y contaron:

Cada vez que pasábamos (en Córdoba, en Monterrey, en Acámbaro) las veíamos, asomadas, a sus ventanas.

*

Historia de las mujeres que me han gustado, escribía, de noche, en casa.

Me han gustado tantas que hubo necesidad de recordar. Recordé a una, y a otra, y a otra más. En medio de todas, a Lolita Linda, con más fuerza que nunca.

La *Historia* no llegó a escribirse nunca de verdad; pero en el plan estaban reservadas las mejores páginas al capítulo de Lolita Linda. Principiaría así:

Cada vez que pasaba, la veía, asomada a su ventana.

*

Hay mujeres que tienen cara de pájaro; Lolita Linda tenía cara de precioso, maravilloso pájaro.

Eso era lo único que sabía al llegar a Celaya, después de muchos años (la revolución había terminado).

Fuí a la calle aquella, rumbo a la alameda. Al principiar a andarla, para convencerme, para convencerla, me dije:

Cada vez que pasaba, te veía, asomada a tu ventana.

Una, diez, cincuenta veces, pasé y repasé la calle, y nada. Yo pasaba. Ella no salía.

*

No la ví, pues. Desde entonces Lolita Linda se ha convertido en la siempre novia; en

la nunca novia, al mismo tiempo.—Es eterna y no existe.

*

¿No es verdad que lo único eterno es lo que no existe? No sé qué digan los filósofos; pero esto al menos se desprende de la historia de Lolita Linda, contada en primera persona por envidia.

II

LA TEORIA MECANOGRAFICA.

MUCHAS teorías han cambiado con la revolución. La teoría del empleado en general ha cambiado. No es que la de hoy sea más elevada, ni más inteligente que la del empleado antiguo; sino que es más humana: su base es una exquisita comprensión de la inestabilidad. Todo puede suceder o no suceder. Todo cambia. Todo es caprichoso, inestable.

Nada ha cambiado tanto, sin embargo, como la teoría mecanográfica.

¿Cómo eran las mecanógrafas de antes? Pues en primer lugar casi no eran. Luego, vestían de negro, usaban espejuelos. Hoy, todas son jóvenes, alegres, escandalosas en el reír y en el vestir. Y todo lo nuevo, lo último, lo caprichoso, lo usan ellas, las sostenedoras de instituciones sociales y económicas tan útiles: el baile, las ventas a crédito, el cinematógrafo, los teléfonos públicos.

Ante esta invasión de muchachas, casi niñas, todas con cejas perfectas, piel blanca, mejilla sonrosada, labios de coral y negros y profundos ojos, la señora Ledesma se siente morir de tristeza. Ella, hace ocho, diez años, era la única de ideas avanzadas; hoy, claro, sin querer, está dentro de la teoría mecanográfica reaccionaria.

En sus tiempos la señora Ledesma era la única que vestía de rojo, de verde, de azul.

La única que llegaba tarde a la oficina. La única, casi, que no estaba obligada a enamorar al jefe. La única, también, que comía, descaradamente, en plena oficina, pasteles y galletas. Y sobre todo, y en esto sí tenía la exclusiva, era la única que leía novelas.

Hoy todo ha cambiado. El verde, el rojo, el azul, se ven por todas partes. Las novelas existen en todos los cajones de todos los escritorios, mesas, o, es más, se dejan encima, sin ninguna inquietud. El libre-cambio de los bombones, de los merengues, de los barquillos, se ha establecido en la oficina. ¿Y quién no ha visto a las mecanógrafas actuales ponerse polvos delante de un espejito que traen siempre en la cartera? ¿Y quién no oye las conversaciones truncas del teléfono, en las que se habla de citas en el cine, de sospechas de las madres, de sueños románticos? Y las cartas, pequeñitas, con cubiertas perfumadas, ¿no llegan con la di-

rección de "Secretaría de esto", "Departamento de aquello"?

Todo ha cambiado. Ha habido una lastimosa pérdida del alto concepto social de la mecanógrafa, de los meritísimos servicios que presta al Estado y a la Patria. No hay más que locura, coquetería, romanticismo, (por cierto de una clase muy especial, inspirado por la melancolía y la contemplación del escritorio).

Y la señora Ledesma, por eso, discurre, triste, hasta pensativa, por los salones de la oficina. Una gran amargura, un dolor punzante, callado, hay en su rostro sin polvo; en sus labios sin carmín; en sus ojos, bellos, pero sólo naturalmente bellos. Ha perdido su cetro, viste de negro, honrando su viudez, causa, en lejanos y mejores tiempos, de tantas leyendas.

La teoría mecanográfica ha cambiado, se ve, con la revolución.

III

LA TEORIA DE LA NATURALIDAD.

A LA hora del desayuno, mi amigo el ingeniero ha llegado a saludarme. Es tan natural en su vestir, en sus ademanes, en sus ideas, que no podría decir que mi amigo el ingeniero es un *gran tipo.* No es, no puede ser tipo de nada mi amigo el ingeniero.

Los calcetines son blancos (el color más

natural); pero no de seda. Su vestido, gris, no está cortado a la moda; sin embargo, parece estarlo. La corbata es de seda negra; pero no brilla mucho, brilla, pues... naturalmente. Los puños de la camisa salen de las mangas de la americana; un poco, no más.

Todo es natural. Nada es demasiado en mi amigo el ingeniero.

—Yo comprendo, como es natural—me dice—que el obrero ha sufrido siempre. La naturaleza le da derechos que el hombre, más tarde, le niega. Esto es verdad. Sin embargo, naturalmente, hay que considerar también al capitalista. La armonía, la naturalidad de la vida, lo exige así.

Esto es lo único poco natural en mi amigo el ingeniero: su creencia en la naturalidad de las cosas de la vida.

IV

LA TEORIA DEL PARALITICO.

TODO ha pasado entre la monotonía y la vulgaridad de las cosas de la vida; entre un amanecer y un atardecer.

*

Tímidamente tocó a la puerta.

—Por fín!... La iba a tener cerca, le iba a hablar, a aspirar el perfume que tienen las

vírgenes. ¡Ah! porque ella era una virgen: siempre en casa y los domingos y días de guardar en la iglesia.

Al ir a la iglesia, justamente, la había conocido. Aún lo recordaba bien: su andar, tan ligero, que parecía carrera; un manto que casi le cubría los ojos, ojos verdes y tristones; las manos sobre los bordes del tápalo que con el andar ligero resbalaba cada momento.

Desde entonces, todos los domingos, esperaba a las once en la puerta de Santa Clara. Recordaba aún la filosofía tímida del enamorado que se planteara esta inquietante cuestión: ¿Se llamaría Clara? Tal vez sí, pues teniendo cerca de su casa una iglesia lujosa, venía a ésta, pobre y humilde, con sus paredes de verdosa cantera, encajada con disimulo en una calle solitaria. Pero.. quizá esto, lo solitario, fuera lo que la atraía a Santa Clara.

¿Sería romántica? Resultaría delicioso. Una mujer de andar ligero, de ojos verdes y tristones, con el manto que caía a cada momento, y romántica... Era la mujer que había soñado. Pero ¿realmente la había soñado y así quería él que fuese la dama de su amor? No estaba muy seguro; no recordaba si en efecto la había soñado y deseado... Pero ahora... ahora sí la quería y la soñaba así: con su andar ligero, con sus ojos verdes y tristones.

¿Qué de extraño tenía, pues, que él, que era varonil y casi desdeñoso del miedo, temblara un poco al hacer mover la grotesca cabeza de león que caía pesadamente sobre la madera de la puerta?

Introducido por la criada llegó hasta la sala, amueblada con la cursilería propia de un burgués, y aparentemente tranquilo, *decentemente* tranquilo se miró a hurtadillas en un inmenso espejo con marco de terciope-

lo rojo que hace *juego* con otros dos de menores dimensiones.

Se levantan las cortinas. Ha llegado el momento de hacer la *caravana* ensayada cien veces delante del espejo, y la sonrisa que debe dejar al descubierto únicamente el filo de los dientes porque el resto está amarilloso a fuerza de fumar cigarrillos de torcer. Pero... ¿Qué era aquello? Un cochecillo para inválidos en el que estaba sentada trabajosamente una mujer pálida y de ojos hundidos, con un mirar vago, con el cabello muerto, sin brillo, que caía cuan largo era sobre un manto de pieles que calentaba un par de piernas endebles y torcidas que se dibujaban en el manto, cochecillo que arrastraba su novia...

—Ah! ya recordaba. Su suegro, al despedirse casi, después de la entrevista en la que le había concedido permiso para entrar en la casa como novio oficial, le había

dicho que las pláticas entre él y su novia tendrían lugar en presencia de su hija, otra hija que tenía.

Usted comprende...—le había dicho.

—Si señor, es claro...—le contestó—y así había terminado la entrevista.

*

—¿Paralítica dice usted, Agueda?

—Sí, ha sido una verdadera desgracia...

Y juntos, en lugar de una plática de amor, hicieron la teoría del paralítico.

V

LA TEORIA ROMANTICA.

EL ROMANTICISMO, como todas las palabras, ha sido causa de división entre los hombres. Para unos el romanticismo es la diferencia específica del hombre, de tal modo que podría decirse, por ejemplo: el hombre es el animal romántico. Para otros el romanticismo puede ser exclusivo del hombre, pero, en todo caso, es cursilería,

enfermedad de espíritus sin carácter; debilidad, en suma. El romanticismo, entonces, sería propio del hombre; pero del superhombre nunca. Es más, si se apurara a un defensor de esta creencia, acabaría por decir que lo único que hace falta al hombre para convertirse en superhombre es acabar con el romanticismo, dedicarse a las empresas de guerra sin detenerse a suspirar y a contemplar la luna.

*

Entonces, ¿el romanticismo es debilidad? He aquí una nueva teoría que, como es natural, encuentra oposición.

Si preguntáramos a alguien cómo se imagina al romántico, sin vacilar nos diría: un hombre largo y delgado; de pálido y alargado rostro; de ojos hundidos, circundados de negra sombra. En fin, anguloso, huesudo, débil, con cara y cuerpo de enfermizo.

Sería absurdo pensar en un yanqui romántico. (¿El romanticismo sería índice de cultura?).—Un militar es romántico si no ha ido a la guerra, y, en ese caso, es débil dentro de su casta.—La mujer, débil, o menos fuerte que el hombre, es más romántica que éste. (¿El feminismo no es—absurdo de las cosas,—varonil?).

*

Sin embargo, bien pudiera suceder que el romanticismo fuera ciertamente debilidad, pero debilidad física, condición, según el dicho vulgar, de la fuerza espiritual, y, en ese caso, el romanticismo sería al fin y al cabo fortaleza y de la mejor clase.

La caracterización del hombre romántico como un ser delgado y largo, lo asemeja a la línea. Lo más lineal es la luz y ¿no nos dicen los poetas—excelentes filósofos—que el espíritu es un rayo de luz, plateada o de

oro, según sea de noche o de día?—Los pueblos, primitivos, bárbaros, son cazadores. Cuando se dedican al pastoreo se civilizan y, al mismo tiempo, se vuelven románticos, contemplativos de las estrellas que les descubren los senderos ocultos. El paso a la civilización—intelectual siempre—se produciría en el mismo momento en que el jefe de la tribu se hace romántico y se convierte en político. (¿Qué daríamos por vivir eternamente en la época del pastoreo, única de la historia en que los políticos son románticos?).

*

La verdad de las cosas es que el romanticismo es ocioso, causa de la ociosidad.

Cuando la mujer está en la época de la esclavitud mecánica, cuando se la trata como si fuera cosa, trabaja. El día en que el dueño de la tribu advierte que una mujer es

bella y la ama, románticamente, por supuesto, la primera demostración del amor es la supresión del trabajo. Un harem es sitio de amor romántico y de ociosidad a la vez. ¿Las mujeres del harem no están siempre muellemente recostadas sobre cojines y sedas?—Si el amor del príncipe no es romántico sino carnal, la mujer trabaja y está bajo la esclavitud económica. A medida que el amor sube de grado en romanticismo, la mujer se hace más ociosa, llegando a la inmovilidad absoluta cuando el hombre ve en ella un objeto de contemplación, del mismo modo que un cuadro o una estatua.

El amor es cosa de tiempo. ¿Los trovadores, los que cantan "al claror de triste luna", no son, por ventura, los seres más ociosos, los únicos que pueden desvelarse para cantar, y luego al pie de un torreón, en plena contemplación romántica y en absoluta ociosidad?

VI

LA TEORIA DE LA IMPORTANCIA.

DON Eligio Bailón es un hombre escéptico. No cree en nada. ¡Ha soñado ser una persona importante tantas veces!...

En su casa, pequeña, llena de flores y oliente siempre a café, pinta jícaras. Era humilde. Alguna vez, sin embargo, cuando las sombras de una noche oscura envolvían su casa; cuando el río, cercano, monótono

y frío, hacía sonar su clara cinta de metal, sintió una pequeña inquietud: ¿era él un hombre de talento?

*

Un día entraron a su casa, pequeña, llena de flores y oliente siempre a café, muchos señores. Uno de ellos llevaba bastón y polainas. Elogiaron la pintura de las jícaras de don Eligio; hablaron de Italia, de París, de cosas raras que don Eligio, sin embargo, presentía como objetos de conquista.

Dijeron que regresarían a México; que hablarían con un Ministro, tal vez con el mismo Presidente de la República. Don Eligio tendría entonces muchos obreros a sus órdenes, se haría rico e importante; sus jícaras se venderían en Nueva York.

*

Partieron los señores aquellos. En los pri-

meros días, el frío del amanecer despertaba a don Eligio. Se iba al jardín de la casa y principiaba a trabajar, alegre, mientras los primeros rayos de un sol rojo, altanero, impetuoso, atravesaban entre las ramas, las flores, las frutas, de los árboles hasta llegar al suelo.

Una sonrisa, foco de clara luz en sus labios toscos, acompañó a don Eligio por estos días.

Pasaron los días y don Eligio no trabajaba más que al oscurecer; cuando el cielo, luminoso, casi blanco en el día, llegaba a tomar tintes violetas, rosados, amarillos, y, por último, negros.

Don Eligio principió a andar con la cabeza baja, como si temiera ver en alguna estrella la primera señal de desesperanza.

Pasaron más días y don Eligio no trabajaba a ninguna hora. Su hora de recogimiento, primero al amanecer, después en

el ocaso, fué la de media noche. Pero era una hora de tanto dolor, de fatalismo tan grande, que don Eligio veía las anchas hojas de los plátanos caídas, muertas casi.

Don Eligio miraba entonces las estrellas con la misma fijeza que ellas lo miraban, y sentía cómo en su alma entraba la luz de las estrellas, recta y fría.

*

Llegaron otros viajeros. Elogiaron la pintura de don Eligio y volvieron a decirle y asegurarle que llegaría a ser hombre importante. Las estrellas no habían hablado y don Eligio no creyó más. Era ya un hombre escéptico.

¡Había soñado tantas veces ser persona importante!...

VII

LA TEORIA DEL BUEN GUSTO.

POR egoísmo necesito creer en una edad de oro del vestido femenino. Si aceptara que las chicas que miro ahora no tuvieron madres o abuelas de buen gusto en el vestir, yo sufriría horriblemente. Comprendo esta única situación en la vida: una edad de oro en el pasado; una edad presente de degeneración; una edad futura, ya re-

generada, de oro también. Si viviéramos entre oro tendríamos mal gusto. Si fuera el cobre y no el oro nuestro medio definitivo, sobraría todo, hasta la higiene. Ningún acto de la vida tendría sentido, ni siquiera lavarse las manos.

*

Los pueblos conquistadores son de mal gusto. Los pueblos vencidos llegan a serlo también. Por eso los vestidos grises tienen siempre etiqueta inglesa y los usan los latinos. *Made in Germany, made in England,* cualquiera diría: colores rojos. No; gris y negro, a lo sumo amarillo.

*

El romanticismo del suspiro ha perdido todo su prestigio. La mujer que suspira no se casa. Necesita, para casarse, hacer anual-

mente una representación de *La dama de las camelias,* hasta no llegar a las bodas de oro.

Por eso los colores *mustios* los usan las señoras de edad.

*

Las combinaciones son siempre útiles, no sólo en finanzas y en política, sino también en el vestido.

El vestido femenino no puede ser de un solo color, y menos azul pálido, rosa o lila.

Hace falta un poco de locura en todo. La combinación es locura afortunada en política y en finanzas. También en el vestido.

La combinación en política y en finanzas puede ser brillante en sus resultados; pero no debe serlo en sus métodos. Igual en el vestido: la seda es de mal gusto y sólo se usa en la poesía, cuando se oye y no se ve.

*

El México de hoy es pobre y va a los toros.

Por eso los vestidos elegantes son de dos colores y en combinaciones toreras: granate y negro; morado y oro; azul y rojo.

*

El día en que los sajones se alejen de la tierra porque se les ocurra, por ejemplo, conquistar a los marcianos, las mujeres vestirán con buen gusto: el morado, el rojo, el azul, serán los colores del mediterráneo.

VIII

LA TEORIA DE LA CONTABILIDAD.

EL, EN un principio, no era malo; pero el mundo le llegó a enseñar la única fórmula experimental de justicia: ojo por ojo; diente por diente.

(Pero ésta y las demás fórmulas de justicia implican las matemáticas, de donde resulta una cosa reveladora: lo único que saben los abogados, los jueces, es el *derecho,*

es decir, una metáfora de las matemáticas. Los abogados, los jueces, son, por eso, gente superficial: porque su esencia es el derecho, la metáfora de las matemáticas).

*

Estudiaba; pero cosas preliminares: aritmética, gramática, *lecciones de cosas*, etc. Aún no estudiaba lo que él quería: contabilidad, y menos la contabilidad de la vida, arte o ciencia a la que tuvo que dedicarse después y durante muchos años. Todos los de su vida.

Esto hasta que no tuvo dieciséis años.

*

Al cumplir los diecisiete principió a sucederle lo que él consideraría más tarde como la *serie interminable, fatal de sus desgracias.* Su padre murió. En el momento de

la herencia, apareció un general (miniatura mexicana), acreedor preferente, hipotecario; en fin, ni un centavo de la herencia quedó para él y su familia.

*

Hubo necesidad de trabajar. Ya sabía, aunque poco, contabilidad. Sus amigos lo recomendaron y fué ayudante de cajero. La casa en que servía era de españoles, dedicados al comercio, en grande, de vinos.

Libro mayor, libro diario, libro de caja, haber, salidas, entradas. Este era su vocabulario; estas las palabras que leía y escribía; esta su actitud espiritual: su alma, tan tierna, tan sencilla, tan apacible, llegó a modelarse, poco a poco, por el uso de aquellas palabras, por el tecnicismo de la contabilidad:

El que compra ha de pagar; el que vende ha de vender; el comprador tiene derecho de

gozar lo que adquiere pero, al mismo tiempo, tiene la obligación de entregar el precio; el que vende tiene derecho de recibir el dinero, pero tiene, al mismo tiempo, la obligación de entregar lo que vende.

Esta era su moral, su espíritu todo: el derecho y la obligación recíprocos, acompañando siempre la obligación al derecho. Dar, recibir; recibir, dar.

La contabilidad de comercio le había creado su moral.

*

Sin embargo, bien pronto encontró una diferencia entre la contabilidad del comercio y la de la vida: la compensación, el saldo de las cuentas del comercio, era más rápido que el de las cuentas de la vida:

El cajero, pobre, anciano, murió un día. El patrón dijo a la familia que lo sentía, pero quedó a deber muchos años de tra-

bajo. A él le tocaba el ascenso y no lo ascendió el patrón. El patrón quedó debiendo otra vez. Sus amigos que lo recomendaron, y a quienes, por supuesto, él ya había pagado, comenzaron a decirle al patrón que no trabajaba bastante, que su pequeño empleado estaba lleno de ambiciones. El debía pagar a sus amigos esta mala acción. Alguna vez publicó en el periódico de la provincia, *Alma Bohemia*, unos versos en los que cantaba, cordialmente, las virtudes del hombre: la paz, el amor al hogar. Los críticos se le echaron encima y le dijeron cursi, romántico y quién sabe cuántas cosas más. El debía pagar esa mala acción. Su novia llegó a decirle, así, intempestivamente, que no lo quería más. El debía pagar esta ingratitud.

La *serie interminable, fatal, de sus desgracias* se estaba realizando, se seguiría realizando.

*

Dar a cada uno lo suyo. Esa era la fórmula de justicia que le había enseñado la contabilidad del comercio. Pero, por lo visto, era necesario modificar un poco la fórmula en la contabilidad de la vida y decir: ojo por ojo; diente por diente.

Y abrió su libro de caja para apuntar los ojos y los dientes:

"El patrón no me ascendió. Me debe el ascenso."

"Mis amigos hablan mal de mí. Me la deben."

"Mi novia me traicionó. Me la debe."

*

A él le habían quitado todos los ojos y arrancado todos los dientes. Debía hacer otro tanto y arrancar dientes y sacar ojos de sus falsos amigos, de su novia infiel, de su patrón injusto.

El comercio lo hizo honrado y la vida estaba a punto de hacerlo inmoral. ¡Qué raro, los socialistas piensan lo contrario!

*

Y todos los días apuntaba:

"Vicente me hizo tal cosa. Me la debe."

"Pedro me hizo tal otra. Me la debe."

Y todos los días, también, se proponía pagar; pero no pagaba. El *haber* aumentaba sin cesar y el *debe* quedaba en blanco. El nada más apuntaba.

El día en que iba a morir, por la última vez tomó su libro: las hojas de la izquierda estaban nutridas de "me la debe"; las hojas de la derecha estaban en blanco. Hizo su último *asiento*:

Dios me quita la vida. Me la debe.

IX

LA TEORIA DE LA APARIENCIA.

EL HOMBRE de los dos apellidos era, a los veinticinco años, un hombre terrible. No es que lo fuera, precisamente, sino que los demás lo creían así. Pero como él oyo decir una y otra vez que era un hombre terrible, acabó por creerlo.

¿Por qué seré yo, pues, un hombre terrible?.—Pensó; pensó mucho: hizo, casi so-

bra decirlo, la teoría del hombre terrible. Pero, nueva equivocación, no hizo en realidad la teoría del hombre terrible, sino su propia teoría, la teoría del hombre de los dos apellidos. Naturalmente, confirmó que era un hombre terrible. Tal vez—llegó a pensar—más terrible aún de lo que los demás creían.

*

Pero un día halló a una persona a quien no pareció terrible el hombre de los dos apellidos. Descubrió, entonces, que había hombres terribles que no lo parecían y hombres que parecían terribles sin serlo.

¿Seré o pareceré un hombre terrible?.—Pensó; pensó mucho: hizo la teoría del hombre que parece terrible y, naturalmente, encontró que era un hombre que parecía terrible.

*

Otro día dos mujeres no sólo no creyeron que era un hombre terrible y menos que lo fuera en realidad, sino que, por el contrario, era un hombre agradable, tal vez encantador.

La palabra conquista, sin querer, vino a sus oídos. Y descubrió que las personas eran suceptibles de conquista. Si las conquistaba, dejaría de ser ¡dicha de la vida! un hombre terrible y un hombre que parece terrible.

Hizo la teoría del conquistador. Se equivocó, por la tercera vez, haciendo su propia teoría.

*

Y conquistó; conquistó a muchas, a muchísimas personas. Sin embargo, todo el mundo seguía diciendo que el hombre de los dos apellidos era un hombre terrible.

Parecía un hombre terrible y no lo era en realidad; no parecía conquistador y, efectivamente, no lo era.

*

¿Las apariencias engañan?. Sí; pero a veces no.

INDICE

VIAJES

ESTAMPAS

TEORIAS

ESTE LIBRO ACABOSE DE
IMPRIMIR EN LA TIP.
«CVLTVRA» AV. REP.
ARGENTINA Nº 5 EL
DIA 24 DE OCTU-
BRE DE 1922.
MEXICO,
D. F.

